

## ESTÉTICA Y MARGINALIDAD EN LA POESÍA DE JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ

María Francisca Franco Carrilero  
Universidad de Murcia\*

**Abstract:** The study we are going to present tries to reflect the essential characteristics of the poetry of Cartagena born José María Álvarez, not always estimated in fair measure. His poetry, without up or downs, shows a remarkable quality and an unquestionable beauty. The poet's wide culture and his continuous journeys make a solid base that allows him to embrace an ample range of registers that flow from the most elevated poetically to the most downcast socially, touching issues that reflect marginal sectors, which seems less convenient to a genre like poetry.

Álvarez is an extraordinary versifier who shows timeless characters and scenarios, going from Ancient times to present day, always within an impeccable aesthetics, deepness and quality that we have tried to reflect and that sails, as the title says, between the most purified aesthetics and the most sombre marginality.

**Resumen:** El estudio que presentamos trata de reflejar las características esenciales de la poesía del cartagenero José María Álvarez, no siempre valorado en su justa medida. Su poesía, sin altibajos, muestra una extraordinaria calidad y una belleza incuestionable. La amplia cultura del poeta, sus continuos viajes, constituyen una base sólida que le permite abarcar una variada gama de registros que oscila desde lo más poéticamente elevado a lo más degradado socialmente, entrando en temas que reflejan sectores marginales, lo que, en principio menos parece convenir a un género como la lírica.

Extraordinario versificador, nos muestra personajes y escenarios intemporales que van desde la Antigüedad a tiempos recientes, siempre dentro de una impecable estética y una profundidad y calidad que hemos tratado de evidenciar y que navega, como reza el título entre la más depurada estética y la más sombría marginalidad.

---

\* Dirección de correspondencia: mffranco@um.es. Facultad de Letras. Universidad de Murcia.

El cartagenero José María Álvarez, nacido en 1942 es, sin duda, uno de los mejores poetas del actual panorama literario. De controvertida personalidad, lo que nadie puede negar es la más que evidente calidad de sus composiciones.

Navega el poeta entre lo clásico y lo cotidiano, con una estética impecable siempre. No debe el lector dejarse engañar por sus, llamémoslas, “salidas de tono”, que me recuerdan siempre un poco a las excentricidades de Espronceda y su círculo. Tal vez por esa estética de la degradación del romántico que, de alguna manera, está también presente en la obra de Álvarez.

Es complicado el acercamiento, en este reducido marco, a una obra poética compleja y bastante amplia<sup>1</sup>. Sin altibajos. Su formación cultural, amplias lecturas (de las que son un buen reflejo esas numerosísimas citas con las que abruma a no pocos lectores), están fuera de discusión. Es, además, un excelente versificador. Constituye todo un espectáculo escucharle recitar sus poemas. Remeda como pocos la grandiosidad y magnificencia del estilo épico, y muchos de sus poemas se sitúan, precisamente, en esa “Edad de oro”<sup>2</sup>.

Viajero incansable, con esa mirada del que lo ha visto casi todo, nos muestra un pequeño universo de personajes, emociones, vivencias, que asombran impresionan y deleitan. A través de sus poemas visitamos lugares muy diversos: Roma, París, Cartagena, el Sur, ampliamente entendido; Un escenario, en síntesis múltiple y, a la vez, intemporal. Me refiero al hecho de que los marcos, luces, sensaciones, los mismos personajes (prostitutas, amantes, viajeros) dan la sensación de ser —como las mediterráneas ciudades sepultadas por el mar y reconstruidas nuevamente— intemporales. Es como si el tiempo se hubiera detenido: el ser humano, la luz, el olivo, las playas y sus doradas arenas, los puertos, pueden todos ellos ubicarse en épocas pretéritas o más actuales.

Inciendo en esa asombrosa facilidad, que es sólo posible en alguien con una vasta cultura en el más amplio sentido de la palabra, hemos de destacar la publicación de una obra como “La Edad de Oro”<sup>3</sup> (pretendida antología de poetas cartageneros, de los primeros siglos de nuestra era<sup>4</sup> y aun anteriores), obra que, por cierto, para seguir con el anecdotario, encontré clasificada como obra ¡clásica!. Trabajo me costó convencer a la bibliotecaria de su correcta ubicación. Evidentemente, un buen lector reconoce en seguida la uniformidad del estilo, pero, claro está, puede achacarse al hecho de que esos poemas, según el poeta detalla, son traducciones hechas por él.

Se le tacha, por otra parte, de poeta “difícil”, que exhibe su cultura con dos, tres y cuatro citas previas al poema, lo que hace que muchos lectores queden abrumados ante el despliegue y se sientan a la vez un poco “culpables” de no haber leído a tan insignes autores como los

---

1 Si tenemos en cuenta que el poeta continúa publicando con regularidad.

2 Título de una de sus obras, publicada en Murcia, 1980, Roma 1983 y reeditada nuevamente en Murcia, en 1983. (Editora Regional). Se subtítulo: (Antología de 16 Poetas de la Antigua Cartagena), la edición, introducción y notas son del propio autor.

3 Op. cit.

4 Teniendo en cuenta que la invasión de España por Roma comenzó en el año 212 a. C., el periodo que abarca la pretendida antología iría desde el siglo VII a. de C., hasta el siglo VII de nuestra era. Sería, evidentemente un hallazgo de incalculable valor y así fue recibido por la crítica regional. Hasta que alguien cayera en el elemental truco literario del viejo manuscrito encontrado. No es extraña la confusión inicial, ya que las notas biográficas de los poetas antologizados, las fechas, datos históricos, (lo he comprobado) son bastante correctas.

generalmente citados: Byron, Shakespeare, Kavafis, Hölderlin, Poe, Verlaine, y un largo etcétera. Craso error. Sólo hay que leer bien, sin prejuicios o juicios previos, al poeta, e intentar disfrutar de la belleza o interés de los lemas poemáticos.

El propio autor nos ofrece la clave cuando, en una de las citas que figuran al frente de sus poemas, leemos: “*Maldición. Estamos rodeados*” – (*de algún libro*). No puede ser más claro. El lector debe dejar de preocuparse del hecho de si controla o no todo el bagaje cultural que se le ofrece. Procurar disfrutarlo, analizarlo, y, si puede, describirlo. Nada más (Y nada menos).

Pero hemos hablado de estética (evidente, apenas leamos un par de ejemplos) y nada extraña a una personalidad como la de nuestro escritor, y marginalidad, que sí puede resultar un poco, al menos, ambigua. Con marginalidad nos referimos a los ambientes, personajes, escenarios, relaciones amorosas, entre o con seres fuera del entorno de lo que se considera “normal”, al menos en un ámbito como el poético, de elevada estética y raigambre<sup>5</sup>.

Siempre que se habla de ambientes sociales degradados (estética de la degradación la podríamos denominar), estamos pensando en la prostitución que, efectivamente, aparece de modo muy reiterado en la obra de Álvarez, pero no necesariamente nos referimos a ello, aunque es tal vez lo más llamativo. Y lo que más choca —y vende— al lector, amén de lo que más le solicitan en sus lecturas públicas al poeta. Me estoy refiriendo a la existencia de una serie de personajes como, por ejemplo, una vecina, hija del “sastre suicida”, con quien, al parecer, tuvo algo más que buena vecindad:

TERESA SAURA

En el silencio de la casa vecina  
Vaga Teresa Saura la enigmática  
Siempre en camisón con grandes  
Ojos de loca

.....  
Da gritos por la noche

.....  
Yo la he visto desde mi dormitorio  
Desnudarse dar cuerda a su cajita  
Teresa Saura dónde estás!  
De verdad que no he dicho nada a nadie!

.....  
Te veo correr por tu habitación  
Con tu camisón blanco cantar  
Me vuelves loco Teresa Saura!<sup>6</sup>

---

5 En realidad, los personajes y temas elevados los preceptuó Aristóteles para la tragedia, o para la épica. En ningún caso para el género lírico, al que, por versar sobre conceptos abstractos, no consideró en su *Poética*.

6 Álvarez, José María, *Museo de Cera*, Editora Regional, Murcia, 1983. pp. 178-179.

Nótese además la peculiar puntuación. A veces no pone comas, ni puntos o, como aquí, los signos de admiración van sólo al final, o bien comienza todos los versos con mayúscula sin razón aparente para ello. Son frecuentes estos juegos, así como utilizar el corpus del verso para realizar diversos juegos gráficos, dispositivos, jugando con el espacio, encontramos asimismo algún que otro caligrama.

Son frecuentes las alusiones a amigas de infancia o juventud, y siempre al fondo, la nota nostálgico-sensual. En esto insistiremos más adelante. Estábamos refiriéndonos a una serie de personajes que reflejaban cierta decadencia, rozando la marginalidad en muchos casos. Así hallamos sus “Versos para Don Matías, teórico relojero”, con “Su positivo, turbio enorme ojo/ siniestro, imperturbable”, o el que dedica a un antiuo señor del que nos ofrece su “Balada de un antiguo señor”:

Era un viejo señor el caballero  
Y en el fondo de su corazón  
Vivía el Emperador  
Amaba los relojes y las fuentes  
La música de Haydn y su perrera  
Amaba el matrimonio y el adulterio  
Y los juegos de azar y el arte antiguo  
.....  
Bebía lentamente Dio tres hijos  
Al mundo y una casa  
Blasonada y terrible y un bastón  
Que gustaba exhibir y que movía  
Graciosamente describiendo  
La Historia de los Borgia  
.....  
Era **borracho sabio e invertido**  
**Amaba un maniquí** de negras prendas  
Y alguna noche triste le hizo versos<sup>7</sup>

Nos muestra a los personajes mediante descripciones difícilmente superables. Posee una gran facilidad para mostrar el lado más oculto, y a la vez más definitorio, de los mismos, ofreciéndonos un entorno variopinto y atractivo. La “duquesa” es otro de sus personajes decadentes, venidos a menos, tratando de aparentar el antiguo boato:

.....  
Guardo como un tesoro sus últimos años  
La calentura excitante de su sala,  
Las meriendas lascivas de los viernes.  
La veo de nuevo

---

7 Op. cit. pp. 271-272.

Feliz. Los años se habían ido llevando  
 A todos los suyos y el dinero.  
 Le quedaban aquel palacio hipotecado,  
 Unos perros ciegos que agonizaban sobre cojines  
 Bordados, su colección sagrada de muñecas  
 Mecánicas, abanicos  
 De Singapoore, y una joven criada  
 A quien hacía “cosas” en los atardeceres.  
 Conservo sobre todo  
 Sus ojos de niña atroz donde se confundían  
 El suicidio de su madre y noches  
 De porcelana.....<sup>8</sup>

Otros muchos retratos encontramos: castañera, buzo, ferroviario, minero, exsoldado y, cómo no, de prostitutas, casi siempre ligadas a recuerdos, según hemos anticipado, de adolescencia y juventud. Es el caso de “Luisa la rizada”, prostituta y alcahueta a quien, al morir, dedicó un poema titulado “Historia amorosa”. Las citas (lemas), en esta ocasión, nos dejan adivinar que esta mujer fue su “maestra” en lides amorosas para pasar, más tarde, a ejercer el poco noble oficio de alcahueta. Surge aquí un tema que sólo quisiera tratar de soslayo: la prostitución de adolescentes, casi niñas en muchas ocasiones. Evidentemente, no vamos a incurrir en el error de confundir poeta y protagonista poemático, pero en muchos casos está clara la nota autobiográfica. También habría que cuestionarse quizá, tras tantos poemas y cantos bellísimos dedicados a la mujer, la valoración real de la misma que tiene Álvarez, pero no es el marco idóneo para hacerlo ni el propósito de este estudio. Es, sin duda, un tema amplio, atractivo y pantanoso, propio, por ejemplo, para una tesis doctoral. Veamos, muy a vuela pluma, unos fragmentos para ilustrar lo que digo:

Aquella que fue puta y borracha ha  
 Muerto  
 Luisa la rizada  
 Que contaba en la cama historias viejas  
 De casas con un recibidor y un gran espejo  
 Y un mayordomo gordo sirviéndole café  
 Luisa la rizada  
 Me prestaba dinero algunas veces  
 Y otras me conseguía  
 Adorables muchachas rubias  
 .....<sup>9</sup>

---

8 Op. cit p. 278.  
 9 Op. cit. p. 270.

Nos estábamos refiriendo a la posible implicación personal en esas historias amorosas, bien con amigas o vecinas, bien, en la mayoría de los casos, con prostitutas. No tendría nada de particular si no fuera porque es una constante de su obra, imposible de obviar y porque, además, parece haber marcado de alguna manera al poeta. Así tenemos que, se le introduce de niño en un mundo, como el lo denomina, “pornográfico”, al mirar por un agujero a la criada bañándose y secándose, ofreciéndonos un amoroso reconocimiento al agujero: “Reconocido seas por mi amor/ Tu oh agujero feliz/ Primer vehículo de mi /Pornográfica existencia”.

Una magistral descripción de la prostituta al acecho, como una fiera que cae sobre su joven “presa” y lo deja, en cierto modo, signado hallamos en su composición “La saga de Ana-ta-han”:

La soledad es legendaria  
Como los ríos. Y como los perfumes  
Impregna.  
Todo es fragancia y humo.  
Recuerdo que tenía 13 años  
Cuando me sorprendió con su desierto

.....  
Para siempre fui marcado  
Por esta alcohólica nocturna  
Esta delicia de ojos secos.

Desde aquellas umbrías alamedas  
Igual que un cazador fuiste tendiendo  
Tus redes, carnicera.<sup>10</sup>

Obsérvense las referencias al humo, fragancias, soledad... Junto con el recuerdo le vienen los aromas, índice todo ello de lo vívida que aún sigue en él esa lejana experiencia adolescente. Insisto en ello porque parece haber una relación entre creatividad-ambientes degradados (alcohol, prostitución). Es como si el poeta necesitara de ese marco para inspirarse, si bien, siempre, desdoblándose: la lucidez al fondo. La inteligencia clara que le permite separar el cuerpo del resto de su ser. El alcohol, el humo, la música, el ambiente del local de alterne, que le provoca un distanciamiento del entorno, la aparición de una creativa lucidez en el lugar, aparentemente, menos apropiado para ello. Esta, no sabemos hasta qué punto necesaria, relación se pude intuir en el poema titulado “Recuerdos de una casa de citas donde guardan su retrato”, que concluye afirmando: “Entre aquellas botellas de coñac / Y aquellas muchachas /nos quedamos y aún no he podido regresar”<sup>11</sup>. Me atrevería a insinuar que esas prematuras experiencias, luego convertidas en hábito —o ritual—, (independientemente de lo que tengan de extravagancia) le van a ser, si no absolutamente necesarias, sí muy propicias para la creación poética. En ese sentido considero, y lo digo siempre porque lo considero importante, a José M<sup>a</sup> Álvarez como un au-

---

10 Op. cit. pp. 40-41.

11 Op. cit. p. 287.

tor privilegiado: ha podido acumular los más diversos estímulos (viajes, experiencias, ocio) y dedicarse de lleno a la literatura. Todo un lujo en los tiempos que corren.

Cuando alude a las mujeres con las que se relaciona sexualmente, utiliza con frecuencia la metonimia: son rostros, cuerpos, prostitutas, bailarinas, mujeres anónimas en general. Así afirma: “No amé vivir con una amante sola”...”Regalo mis noches a las bailarinas/ de alados pies, y mi dinero a sus favores”, “pasa una puta bella”, etc. Esta íntima relación entre creatividad-reflexión existencial, alcohol, prostitución, es continua:

#### THE RIVER

En vano abro otra botella  
En vano intentan distraerme  
Con su sabiduría las mujeres de esta casa  
Como pasa el día así se va la vida  
.....<sup>12</sup>

En ese contexto medita sobre el paso del tiempo y se preocupa por los efectos que éste causa en él. Con su habitual perspicacia nos muestra el retrato que de él hacen las gentes:

.....  
Estoy envejeciendo  
Olvidadme.  
Sólo deseo ennoblecer los años que me quedan  
Repitiendo los viejos versos, mejorándolos.  
Cuando al llegar la noche mi cuerpo se encamina  
Buscando una mujer,  
Os oigo susurrar a mi paso:  
“Se hace viejo, y no cuida  
de levantar casa y familia”<sup>13</sup>

Podríamos pensar que esta preocupación por los efectos del paso del tiempo,<sup>14</sup> de la madurez. No es así, ya tempranamente descubrimos esta obsesión: “Tengo 38 años. Miro mis manos / que envejecen como los libros...”<sup>15</sup>.

Se reitera mucho esa preocupación por el paso del tiempo, a la que no ayuda su poca fe en la divinidad (cielo “indiferente”): “No interrogues al cielo indiferente / Ni mires con pavor tu carne”<sup>16</sup>.

---

12 Op. cit. p. 56.

13 Op. cit. p. 55.

14 Aproximadamente en ese periodo de tiempo (rondando el poeta los 40) le preguntaron unos alumnos en un coloquio por esta cuestión. Respondió que no le preocupaba el paso del tiempo, sino la decadencia, los “estragos” que el tiempo causaría en su cuerpo, el deterioro.

15 Op. cit. p. 452.

16 Op. cit. p. 459.

Como el tema es trascendente, nos ofrece algunos bellos ejemplos que podrían muy bien funcionar como epitafio o simple resumen de sus reflexiones acerca del devenir temporal:

Pasa la luna  
Brilla aún sobre ciudades  
Que sólo por leyenda conocemos  
Y ya ilumina un mundo muerto.<sup>17</sup>

Quizá es el amor lo único que redime al hombre de tan cruel condena, la aprehensión del instante amoroso, en el que el tiempo no fluye, colmado de sí. Un amor que es algo abstracto, que se encarna, como una diosa, en distintas mujeres y revive en ellas:

En la mujer como en los gatos  
Una extraña diosa muerta anida  
Y la acariciarás en cuántos cuerpos  
Y alguna vez incluso habrás de demorarte  
En la luz de unos ojos.<sup>18</sup>

Con esa imagen: quedarse prendido en la mirada de su amada, utilizada en más de una ocasión, logra bellísimos efectos. Predilección especial siento por este poema, donde vuelve a utilizar la misma imagen. Recrea escenas que parecen sacadas de “Las mil y una noche”, de la Antigüedad clásica, y devuelve a la poesía la dimensión de musicalidad, de canto que tuvo en su origen.

#### CANTO DE AMOR

Mi dulce amor, mi último puerto,  
tú, la de los largos cabellos,  
la de piel oscura como el mar en tempestad,  
la de ojos que no igualarían  
las joyas del faraón.  
Como la más bella perla del Eritreo  
Luces junto a mí.  
El fulgor de esa perla brillará en el último  
temblor de mis ojos, y algunos  
dirán “vive aún, parece que mirara”,  
**y serás tú —oh ignorantes—  
que continúas viviendo en mi mirada muerta<sup>19</sup>.**

---

17 op. cit. p. 463

18 Op. cit. p. 456.

19 Álvarez, José María, *La Edad de Oro*, op.cit. p. 35.



Imita el poeta, conscientemente, el tono épico, o la majestuosidad de los clásicos, o, simplemente a algún autor de su devoción, pero no con afán mimético sino creativo, con la ambición de, si es posible, mejorarlos. Aquellos detractores (siempre ha sido un tanto polémico), que no saben cómo empañar su obra, envidiosos tal vez de sus logros, afirman que su obra “suenan” a tal o cual poeta. ¡Pues claro! Ese es su evidente propósito en alguna ocasión, y así lo manifiesta: “Leerás una y otra vez/ Mejorándolos (o quizá no), los antiguos / Libros....”.

Con posterioridad, aunque sigue cantando al amor, a la amistad y a los placeres en primera persona, ya vemos un elogio de la juventud desde la madurez, un contemplar más pausado. Ya no es la imagen del cazador que atrapa al dulce pajarillo, sino la del que, tras admirarlo, lo deja volar:

.....  
Que joven eres, Dios mío, qué joven  
Eres.

Como la luz que se filtra en la lluvia  
Y abre con manos puras paso al sol.

.....  
y como el limpio placer de quien da  
de comer a un pájaro, no intentar  
atraparte, sino verte, verte y después  
si vuelas y no vuelves,  
que tu vuelo sea dichoso<sup>20</sup>.

Alterna nuestro poeta, como insinúa el título del trabajo, entre la estética, la grandeza, el desprendimiento, lo elevado y lo marginal, lo degradado, entre ambos extremos. Si bien, incluso en ese último ámbito negativo podemos hallar algún atisbo que nos atreveríamos a calificar como “social”, o al menos, reflejo de una actitud tolerante, comprensiva ante la debilidad o miseria humanas. Protagonistas poemáticos tales como la prostituta o el bufón (siempre como telón de fondo la intemporalidad de sus personajes o escenarios) no se pueden permitir sentimentalismos porque han de sobrevivir. Se muestran indiferentes ante la muerte de sus amos o patronos, y esa es precisamente su “defensa”, su independencia y, en cierto modo, su revancha: la muerte pone a cada uno en su lugar y sólo los que nada tienen, pueden ver la guerra o los desastres con frialdad. Es la misma actitud de las cortesanas que en *La Edad de Oro*<sup>21</sup> miran indiferentes cómo arde Roma. Idéntica reacción encontramos en el mencionado bufón:

¡Oh luna! ¡Te amo!  
Cuando cruzas los cielos  
sé que pronto

---

20 Álvarez, José María, *El botín del mundo*, Ed. Renacimiento. Sevilla, 1994, p. 80.

21 Op. cit.

mi señor estará borracho.  
 ¡Bienvenida, luna de los grandes!  
 roncan ellos, como la chusma,  
 y yo descanso.  
 Pero los asesinos son insomnes.  
 Y ya veo segar el cuello de mi amo.  
 Lo siento, es un buen hombre.  
 Esmeraré las reverencias  
 ante sus asesinos: no creo que sus patadas  
 duelan más.....  
 Bailaré para vosotros  
 .....  
 ¡Eh tabernero, llena tus tinajas!  
 Los que venzan mañana  
 traerán la garganta seca.

El bufón se compadece de su amo: es un buen hombre. Pero el tiene que descansar, ha de bailar y reverenciar para sobrevivir. Solo recibe patadas y las de su actual amo parecen doler. La vida sigue y él se aferra a las presuntas necesidades de los vencedores. Es un ser socialmente degradado, como la prostituta, pero tan necesario como ésta y el alcohol para los nuevos señores. Idéntica actitud hallamos en una prostituta que el poeta nos sitúa en la segunda guerra mundial, esperando la entrada de los soldados vencedores:

Se va a poner todo carísimo  
 Menos mal que las posguerras  
 siempre son un negocio.  
 Y el coño es algo que jamás se acaba.  
 Pero se va a poner todo carísimo.  
 Se han llevado hasta el piano  
 para usarlo de barricada. Qué idiotez. De todas formas  
 el mariconazo que lo tocaba  
 debe estar criando malvas en Rusia. Los cañones  
 retumban cercanos. Dios, ya están ahí,  
 hace un rato que fui a la bodega  
 a buscar otra botella de cognac  
 .....  
 Ya se oyen los tanques  
 .....  
 Bien. Voy a maquillarme  
 .....  
 Ya los oigo. Esas bestias. Digo yo  
 que también los rusos beben y que debe gustarles  
 un buen culo después de la batalla...

Es una mujer, ignorante del porqué de la guerra, únicamente se preocupa de su supervivencia. Está rodeada de cadáveres (siete cadáveres: dos putas que ya no servían para el trabajo que se avecinaba y unos jerarcas que se suicidan), pero no tiene tiempo de nada. Sólo de buscar bebidas y ponerse presentable para los nuevos amos. Es la actitud de los desheredados. En cierta medida así se siente el autor: ciudadano de muchas patrias, viajero tolerante con las diversas culturas, incapaz de permanecer en el mismo lugar o con la misma amante.

Todo eso simboliza su actitud ante el arte, ante la poesía, que debe ser la de un desposeído de la fortuna, que se acerca con las manos vacías y sin miedo a la muerte. Como ese superviviente de 35 batallas que hallamos en el poema inicial de *Museo de Cera*<sup>22</sup>: “Descanso sin bajarme del caballo/ El calor destroza cuanto se ve/ Ante mí la Frontera/ Una voz me dice no cruces nunca esa Frontera/ Fumo un cigarro/ Sacudo mi uniforme de 35 campañas/ Indiferente como un caballero / Que lo ha perdido todo y no espera ganar nada / **Cruzo el río**”. Evidentemente, esa “frontera” con mayúscula, que no se atreve a cruzar es la del arte, la de la creación poética, a la que hay que acercarse con actitud humilde. El poeta puede hallar la vida, la inspiración, o la muerte, la página en blanco.

Esa actitud es quizá la que el poeta pide al lector: que sin prejuicios, como el que nada espera y nada pide, se acerque con humildad a su obra a ver qué le depara ésta. Un movimiento pendular entre grandeza y desolación es lo que hemos hallado. Y un magnífico poeta siempre por descubrir, para los lectores amantes de la belleza.

---

22 Op. cit. p. 21.